

## 10. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46; Sal 21,2). También con este grito, Jesús ha revelado así lo que hace renacer la esperanza, lo que la hace surgir de las profundidades de toda posible desesperación. Llamar al Padre, llamar a Dios: de este grito renace, en efecto, la esperanza: este grito es el renacimiento de la esperanza, llena de esperanza el abismo de la desesperación.

Cómo hay que interpretar el grito de desesperación de Jesús crucificado lo entendemos por sus otras palabras en la cruz, especialmente aquella en la que, según el evangelio de Lucas, Jesús cita otro salmo: “Era ya cerca del mediodía, y oscureció sobre toda la tierra hasta las tres de la tarde, porque el sol se había eclipsado. El velo del templo se rasgó por la mitad. Jesús, clamando a gran voz, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Dicho esto, expiró”. (Lc 23,44-46; Sal 30,6)

Encomendarse así al Padre es expresión de una esperanza más grande que la vida y la muerte. Significa tener una esperanza total en el Padre, la esperanza de que toda la persona, incluso muriendo en la cruz, no se pierde, no acaba en la nada, porque el horizonte verdadero y real de todo es el Padre, no la vida, no el mundo, sino sólo el Padre. En el último suspiro que sale del cuerpo torturado de Jesús, toda su persona es entregada, confiada, en las manos del Padre.

¿Cómo es posible poner el espíritu, el alma, en las manos de alguien? Las manos humanas pueden contenerlo todo, pero no un espíritu, no un aliento. Pero las manos del Padre de las que habla Jesús son la imagen simbólica de un abrazo. Jesús se confía al Padre que lo abraza, que lo estrecha contra sí, como el padre de la parábola abraza a su hijo que vuelve a él después de haberse perdido en un país lejano (cf. Lc 15,20). Las manos del Padre son, pues, una imagen simbólica del amor del Padre, del amor que para Jesús y para nosotros es la casa del alma, la morada donde nuestro espíritu encuentra acogida. Muriendo así en la cruz, Jesús nos da a vivir incluso nuestra vida y todos los motivos de desesperación, como el pecado y la muerte, con esta esperanza invencible en el abrazo del Padre.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Este grito aparentemente desesperado de Jesús crucificado, recogido por Mateo (27,46) y Marcos (15,33), debe interpretarse, por tanto, con el último grito recogido por Lucas: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” (Lc 23,46)

Pero Lucas informa de otras dos palabras de Jesús que creo que hay que escuchar para comprender cómo se enfrentó Jesús a la desesperación humana que asumió durante la pasión y al morir en la cruz. Si en el último grito expresó la entrega de su espíritu al Padre, las otras dos palabras expresan más bien la entrega de nosotros, pecadores, al Padre, entrega que Jesús incluyó en la entrega extrema de sí mismo.

Mientras lo clavan en la cruz, Jesús encuentra la fuerza y, sobre todo, el amor para la oración más misericordiosa jamás pronunciada por una víctima inocente: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Poco después, tras escuchar el diálogo entre los dos ladrones crucificados con él y, sobre todo, la petición del buen ladrón de que se acuerde de él cuando entre en su reino, Jesús pronuncia otra palabra llena de misericordia para todos los pecadores: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43).

Con estas dos palabras, Jesús acoge a toda la humanidad pecadora en su entrega al Padre, en su poner su espíritu en las manos del Padre. Por eso, además, acepta sufrir y morir en la cruz. Pero es importante que nos demos cuenta de hasta qué punto estas palabras del Señor abren ante nosotros, ante todo pecador, un espacio de esperanza, de esperanza de salvación cierta, de esperanza de vida eterna con Cristo, de vida filial con Él, de redención total de toda carencia o fracaso en la vida.

Incluso los soldados romanos que hasta entonces le habían maltratado, incluso los Judíos que habían pedido su crucifixión, al escuchar la petición de Jesús al Padre para que les perdonara, se encontraron como ante una puerta abierta que les invitaba a entrar con Jesús en la casa del Padre, en el abrazo del Padre. Probablemente ninguno de ellos pensó en ello en aquel momento, pero quizá después, recordando aquellos hechos, aquellas palabras, arrepentidos de tanta crueldad, de haber sido bestias, instrumentos del demonio para maltratar y matar a Jesús, ¡qué aliento de esperanza debió de poner en sus corazones el recuerdo de aquella palabra! “¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!”. Quién sabe cuánto pensó en esa palabra el centurión que, inmediatamente después de la muerte de Jesús, exclamó: “¡Verdaderamente este hombre era justo!” (Lc 23, 47). Si no hubiera pensado en esta palabra, en este perdón, en esta entrega que Jesús hizo de ellos al Padre, tal vez habría desesperado, se habría suicidado como Judas.

Lo mismo, el buen ladrón: imaginemos qué increíble espacio de esperanza abrió Jesús ante él, ante el que estaba al final de la vida, y en el más feo final imaginable, cuando le dijo: “En verdad te digo que hoy conmigo estarás en el paraíso”. “¡Hoy estarás conmigo en la casa del Padre, serás abrazado por el Padre junto conmigo, tu espíritu, tu alma, tu vida, hoy estarán en las manos del Padre como mi espíritu, mi vida que está eternamente con Él!”. Imaginad con qué esperanza vivió aquel malhechor los últimos minutos de su vida desordenada y fracasada. Creyó, tuvo fe en Jesús, creyó en el amor de Cristo, y vivió con total esperanza lo poco que le quedaba por vivir, y vivir sufriendo terriblemente en la cruz, y luego muriendo, cuando le rompieron las rodillas para que se asfixiara.

Si queremos entender qué es la esperanza, para qué sirve, en qué se transforma la vida, debemos pensar en el buen ladrón entre el momento en que Jesús le prometió la vida eterna y el momento de su muerte, cuando la esperanza en la vida eterna, en el cielo, se hizo realidad para él.

No podemos sino desear para nosotros una vida menos intensa, menos redimida y salvada que la suya. Sería absurdo renunciar a una vida así, a una plenitud de vida así. Y el Evangelio nos la anuncia, nos la describe, para que esta experiencia se convierta en la experiencia de nuestra vida y, por tanto, en la esperanza de nuestra vida.